



¿Y por qué diablos caminamos como
ovejas sin saber a dónde vamos?



mundo solo desde la escuela, esta vez podríamos encontrarnos con resultados parecidos. Entre la ingenuidad de quienes confían en que con una nueva asignatura ya habremos solucionado gran parte de los problemas que la sociedad nos tiene planteados (ingenuidad compartida paradójicamente por quienes nos advierten de los grandes males que traerá consigo la asignatura, ya que tantos poderes le asignan y tanto la temen) y el pesimismo de quienes consideran que es imposible hacer nada desde la escuela por cambiar el orden injusto en el que vivimos ni introducir la más leve modificación sustancial; desde el convencimiento de que no es posible salirnos fuera ni desarrollar nuestra acción en un territorio diferente de aquel en el que nos encontramos y que, por tanto, sólo podremos modificar el suelo que pisamos, creo que es nuestra obligación, como dice Paz Gimeno Lorente de Fedicaria-Aragón (4), hacer todo lo posible por que esta asignatura sea una herramienta más para lo que a algunos y algunas nos gustaría estar haciendo ya en nuestra práctica diaria: que el mundo sea algo menos injusto de lo que es.

Para ir acabando, si el “nadie es más que nadie” del Juan de Mairena machadiano o “lo que se halla por encima de todo precio” de Kant nos conducen de la mano al “ningún grito atormentado puede ser mayor que el grito de un solo hombre” de Wittgenstein, como expresiones de lo que debe entenderse por dignidad humana y debe estar a la base de nuestras democracias, también es cierto que frente a la invocación acrítica que hacen tantos “ciudadanos europeos” del legado de la Ilustración como modelo de valores incuestionables e inamovibles, mejor nos iría

reclamar, siguiendo a Javier de Lucas, (5) entre otros, el lado crítico de esa misma tradición, que ha servido precisamente a la sociedad occidental para cuestionar la esclavitud como un hecho natural o el también mundo naturalizado de la desigualdad de los sexos. Sólo desde esta reivindicación del ejercicio crítico y puesta la mirada en la realidad real que viven los seres humanos que habitan nuestros territorios, por tanto, los hombres y mujeres inmigrantes también, podremos, (quizás también desde esta nueva asignatura) contribuir en parte a construir y reclamar un concepto de dignidad y de ciudadanía igual para todos, en el sentido de que nos incluya a todos, con igual reconocimiento jurídico y que conceda la misma libertad para desarrollar la opción de vida que en el respeto a los demás elijamos como la mejor. Y, para que esto sea posible y volviendo con Hanna Arendt a otra de nuestras mejores tradiciones, qué mejor recuperación de la democracia griega que la del diálogo y el valor de todas las palabras, de todas las voces, para establecer entre todos lo que consideremos justo.

La autora judía comentaba de uno de sus filósofos preferidos, “La grandeza de Lessing no consiste meramente en la comprensión teórica de que no puede haber una única verdad en el mundo humano, sino en la alegría que le producía que no la hubiera y que, por lo tanto, el discurso sinfín entre los hombres no cesaría mientras los hombres existiesen. Una sola verdad absoluta (...) habría significado el fin de todas esas disputas (...) y habría implicado el fin de la humanidad” (Hanna Arendt) (6)

¿A quién le parece inoportuno iniciar a los futuros ciudadanos y ciudadanas en estas cuestiones y dar carta de ciudadanía a un diálogo crítico e inacabable sobre nosotras y nosotros mismos? ¿O es que no nos atrevemos?

Notas:

- 1.- *Educación para la ciudadanía y derechos humanos*, Peces-Barba, Gregorio y colaboradores (Eusebio Fernández, Rafael de Asís y F.J. Ansuátegui) pág. 11. Editorial Espasa.. 2007
- 2.- Peces-Barba, op. cit.
- 3.- Peces-Barba, op. cit.
- 4.- *Educación para la ciudadanía: una aproximación dialéctico-negativa desde la Didáctica Crítica*, Gimeno Lorente, Paz. Fedicaria-Aragón. (Materiales para el Encuentro de Sevilla verano 2008)
- 5.- *Identidad y Constitución europea. ¿Es la identidad cultural europea la clave del proyecto europeo?*, De Lucas, Javier. Pensamiento Crítico. Org.
- 6.- En: *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Bauman, Zygmunt. F.C.E 2003.

LA EDUCACIÓN Y LAS RETÓRICAS DEL “NIÑO-VÍCTIMA”

Agustín Malón Marco¹



Se ha generalizado la idea de que la infancia es una “realidad construida”. Realidad porque es un hecho evidente el que nacemos a este mundo y atravesamos un periodo de desarrollo donde estamos necesitados del cuidado de los demás y de su educación para alcanzar el estatus humano adulto.

Construida porque ese hecho o condición de ciertos sujetos puede adoptar imágenes diversas y ser pensada y gestionada desde muy distintas perspectivas y tradiciones. El niño no era considerado ni tratado de igual modo en la Grecia clásica, en la Europa medieval o hace veinte años a como lo es ahora. Nuestras ideas sobre qué es un niño, cómo ha de ser educado y en definitiva cómo habría de ser su relación con los adultos, han ido evolucionando históricamente y lo seguirán haciendo. El análisis de esa transformación es una tarea compleja y huidiza, aunque igualmente fascinante y quizá hasta útil.

La idea de infancia o de niñez que manejamos en la actualidad en sociedades como la española es seguramente una idea compleja, polidéctica e incluso contradictoria, ni más ni menos que como lo es nuestro mundo moderno o postmoderno si lo prefieren. En esa complejidad es posible no obstante rastrear algunos rasgos más o menos comúnmente aceptados que, al menos en el imaginario colectivo

y en los discursos públicos, nos permitirían hablar de una cierta configuración o construcción social de ese objeto. Así, diríamos, aceptamos en general que los niños son buenos por naturaleza, que son inocentes, alegres, curiosos, que merecen respeto, cuidado y un buen trato que excluye el castigo físico al menos en sus formas extremas. Básicamente esta idea del niño, de raíces profundamente románticas, refleja la aceptación general de la mirada roussoniana del niño como ser amenazado por una sociedad descrita cada vez más como enemiga de ese ser admirable en su perfección que es el niño.

“Around the child bend all the three Sweet Graces:
Faith, Hope, Charity. Around the man bend other
faces:
Pride, Envy, Malice, are his Graces.”²
George Eliot

Esta idea tan elevada del niño visto como promesa de salvación, sin duda atractiva en muchos sentidos, puede rayar el absurdo cuando es llevada a su extremo o utilizada demagógicamente para inciertos fines, pudiendo llegar a convertir la convivencia real con niños de carne y hueso en algo absolutamente desconcertante para esos adultos que, siendo también de carne y hueso, se ven ante

una niñez mucho más compleja y humana que esa imagen de pureza y beatitud del niño inocente.

Se trata de una idea del niño que ha formado parte, con mayor o menor fortuna, de la historia de Occidente desde hace ya prácticamente tres siglos, pero que en las últimas décadas, en diversos contextos y formatos, ha ido alcanzando una nueva presencia y relevancia posiblemente sin precedentes.

Una de sus formas más notables en la actualidad, a mi entender ejemplo de ese uso retórico y demagógico que se hace de esta imagen, es observable en el discurso de resonancias ideológicas que ha insistido por distintas vías en la extrema vulnerabilidad de los niños, teniendo su más ilustre corolario en la figura del niño como Víctima de un sinfín de males. Males que apuntan a la culpabilidad de ciertos adultos particularmente malvados, crueles y abusivos; y, en última instancia, a la responsabilidad de toda una sociedad.

El niño es aquí definido como ser excepcionalmente vulnerable, menesteroso y necesitado de protección, atención y cuidados. Lo que antaño era el niño rebelde, trasgresor, maleducado, fuerte, irónico o incluso violento, pasa a ser reinterpretado ya sea como una mera fachada que oculta su connatural debilidad o como el efecto a su vez de una posible victimización previa. Si el niño tradicionalmente había sido considerado como un ser amenazante para una sociedad por la que debía ser controlado, ahora es redescubierto como un ser inocente que ha de sobrevivir en una sociedad que continuamente está conspirando contra él. El que debía ser endurecido y fortalecido por una educación disciplinaria ahora ha de ser cariñosamente protegido en su perpetua y extrema vulnerabilidad. Esta mirada no es nueva, pues desde el surgimiento de las inquietudes pedagógicas con la ilustración los autores se han debatido constantemente en esta ambigüedad. La figura del Oliver Twist de Dickens, frente al personaje del Truhán, sería apropiada para describir a este nuevo icono de nuestra cultura: el niño angelical que, en su elevada bondad, inocencia o ignorancia, connaturales a su persona, será incapaz de enfrentarse al mundo, de luchar, de rebelarse o de enfadarse, habiendo de ser salvado no por sí mismo sino por adultos bondadosos. Parece claro que tras la segunda guerra mundial la imagen del niño particularmente vulnerable se habría hecho tan poderosa que ha acabado siendo un dogma de nuestra época.

Sería un error no reconocer que desafortunadamente no faltan ejemplos reales que dan muestra de la existencia de casos donde el niño es sin dudar víctima de los adultos o de la sociedad, algunos de los cuales son particularmente dramáticos y perturbadores. Pero esta evidencia no debería impedirnos denunciar su uso morboso e interesado por grupos ideológicos, profesionales y mediáticos

que se sirven de su resonancia para instaurar ciertas políticas e ideas entre los ciudadanos, poco dispuestos aquí a criticar y hacerse preguntas ante la paralizante presencia del Mal en persona. Se trata de casos que, si bien son extremadamente excepcionales, acaban estando tan presentes en nuestra realidad cotidiana que impregnan como ejemplos tipificadores nuestra manera de pensar la



infancia como etapa excepcionalmente vulnerable y amenazada por peligros que se multiplican sin orden ni concierto.

Pero lo más importante, a efectos de esta argumentación, es que nos hallamos ante un discurso que no se limita a su relevancia profesional, estableciendo por ejemplo cómo detectar y atender los casos reales donde los niños están viviendo situaciones intolerables, sino ante un discurso expansivo que apunta a definir y regular, explícita o implícitamente, la educación y el trato de los niños en general y no sólo de aquellos que realmente están siendo víctimas de ciertos adultos.

Efectivamente. Se trata de un fenómeno que, quizá por pura inercia, va ampliando más y más el ámbito susceptible de intervención de modo tal que los expertos que sostienen estos planteamientos han ido decidiendo progresivamente no sólo sobre lo excepcional sino sobre lo común. El experto en el padecer humano se convierte en el experto para la felicidad; la existencia es interpretada desde la asistencia; el niño desde el maltrato; los sexos desde la violencia; y la convivencia escolar desde el acoso. Con el lenguaje de los derechos de la infancia, pero desde una lectura interesada de los mismos, la exitosa retórica del "niño-víctima" se sirve del sensacionalismo, la compasión y el dramatismo para imponerse en los debates y discursos públicos sobre la educación familiar y escolar o sobre la relación entre individuos y generaciones.

Citaré algunos ejemplos. El debate sobre la legalidad/ilegalidad del cachete se ha servido de las retóricas del maltrato y la violencia para definir hechos cotidianos que la mayoría no consideraría en esos términos, por muy cuestionable e inútil que le pareciera el uso de ese recurso pedagógico. Se ha dicho por ejemplo que corregir físicamente a los niños supone justificar el uso de la violencia o que destruye la dignidad del niño; en fin, que es una forma más de violencia, de maltrato inadmisibles. No es raro equiparar así el cachete ocasional de

la madre exasperada por los caprichos de su hijo con el maltrato sistemático que reciben algunos niños. Las culpabilidades, inevitablemente, se multiplican por doquier pues mensajes simplistas de este orden ayudan a convertir la tarea educativa en un ejercicio imposible de resolver de forma más o menos satisfactoria. El educar pasa a ser un quehacer a menudo angustioso para unos padres incapaces de responder a lo que se les demanda y desorientados en la volatilidad de los mensajes sociales o en el evidente abismo que separa el mito de la realidad.

Otro ejemplo. El caso del acoso escolar o "bullying" como se le suele denominar siguiendo la influencia anglosajona de la que suelen provenir estas inquietudes. Su proliferación mediática, con la interesada participación de los expertos y el seguidísimo de los políticos, es la que ha conseguido que en nuestro país se abra un "debate" sobre la convivencia en las escuelas. Y entrecomillo lo de debate porque ante la trágica evidencia de aquellos casos puntuales utilizados para sostener ciertas teorías sobre el problema y su tratamiento, uno no puede sino callar y otorgar. Los científicos sociales, en general, tienden a reforzar la gravedad del problema con las siempre dramáticas estadísticas y pocas veces escuchamos opiniones que inviten a la serenidad y a una mirada menos angustiada y probablemente más acertada de nuestra realidad escolar. Yo personalmente, ajeno al mundo de la escuela, he echado en falta la opinión de maestros experimentados que valoren lo que los "expertos" raramente educadores y los medios suelen afirmar. Quizá dentro de la escuela haya otro debate, pero éste no ha llegado al gran público y creo que sería de agradecer.

Podríamos añadir más ejemplos. Basta con echar un vistazo al listado de demandas que se le van haciendo a la escuela y a los padres para resolver los innumerables e infinitos problemas de los adultos, originados cada vez más en infancias desgraciadas. La multiplicación de peligros y riesgos, que al parecer afectan sobre todo a las nuevas generaciones, pasan siempre a ser responsabilidad de la escuela obligada a asumir, al menos en

público, las coordenadas impuestas que conducen a las consiguientes pedagogías preventivas cuya única finalidad es promover hábitos "saludables" y "no violentos". La educación aparenta dejar de ser un servicio para pasar a ser mera servidumbre. No será yo quien diga a los maestros cómo hacer su trabajo, pero no me resisto a plantear mi sorpresa ante la, al menos en apariencia, escasa resistencia de este colectivo a la apropiación que los salvadores de los niños están haciendo de su labor.

A mi entender, pensar la infancia desde la vulnerabilidad y el victimismo conduce a la génesis de una discutible idea de su educación. Se trata de un modo de pensar la infancia impregnado y dependiente de la moderna santificación del Yo y las emociones, condensadas simbólicamente en el sacrosanto valor de la autoestima que se consolida como el eje pedagógico de la modernidad por encima de la razón y el conocimiento. La consideración de la autoestima como el principal motor del rendimiento académico condujo en algunos ámbitos a que la escuela se empezara a preocupar más porque sus alumnos se sintieran bien consigo mismo que por enseñarles. La pregunta que el niño debía plantearse es cómo soy y qué me gusta, no qué quiero ser y qué quiero aprender. La cuestión central era que el niño siempre tenga éxito para que se sienta bien; el fracaso, la frustración y la autocrítica eran rechazadas porque dañaban esa narcisista idea del sí mismo.

La mirada victimista sobre el ser humano colabora a su vez en la entrada de lo políticamente correcto en las escuelas sustituyendo el actuar por el sentir. No basta con actuar correctamente, hay que sentir correctamente. Se trata de legislar la simpatía y construir el hombre sensible que pone el nervio, siempre cambiante y voluble, en el centro de lo social y en el árbitro de la convivencia.

Insistiendo en este caso en miserias como el acoso escolar se acaba legislando sobre las minucias de nuestro día a día, pidiendo a los maestros que conviertan la escuela en una institución higiénica e higienizante en el más amplio sentido del término, donde el principal objetivo deja de ser la incorporación del niño al mundo y a su comprensión





racional, para pasar a obsesionarse, desde su siempre insaciable hipersensibilidad moral, con la vigilancia y corrección de toda "desviación" hasta en lo más "micro" □ micromachismos, microsexismos, microracismos, microviolencias, etc. □. Tolerancia cero se le ha llamado a esta nueva y sutil forma de puritanismo.

En el orden ético, inseparable del pedagógico, la existencia/ausencia de una "víctima" y un "verdugo" se convierte en el criterio moral fundamental, casi único; mientras que en el orden antropológico, ser víctima deja de ser un accidente para convertirse en una esencia que acompaña al sujeto de por vida. Finalmente, en el orden convivencial, junto al exceso proteccionista que trata de evitar todo "accidente", comienzan a abundar conceptos como prevenir, reducir, controlar, vigilar, combatir, evitar, eliminar o perseguir, imponiendo marcos conceptuales que necesariamente nos instalan en la sospecha perpetua, también entre adultos y niños o entre los propios niños, pues el peligro a prevenir aquí es casi siempre el "Otro".

En cuanto a los métodos, la deriva terapéutico-social inherente a esta corriente conduce necesariamente a la sustitución del método socrático por el taller de concienciación. Las actitudes y los sentimientos de los alumnos se ponen por delante del conocimiento de la realidad y su análisis

crítico. Las minorías son consideradas desde la compasión; las mujeres desde la opresión; los discapacitados desde la carencia; los niños desde el maltrato y los derechos. Asistimos a la sustitución del ideal heroico por el ideal victimario; el ethos del carácter por el ethos victimista cuyo lema es "soy una víctima, no soy responsable, no es mi culpa". En realidad las retóricas del niño como víctima no son un fenómeno aislado, sino que se insertan en una tendencia más amplia de las sociedades modernas de recurso al victimismo, esa cultura de la queja con sus consiguientes e inagotables demandas basadas en el padecimiento y la injusticia donde los sujetos

son descritos como seres básicamente inocentes, débiles y bajo una constante opresión y amenaza. Pascal Bruckner en su recomendable obra *La tentación de la inocencia* (Anagrama, 1996), definía esta deriva como una tendencia de los ciudadanos a imaginarse según el esquema de los pueblos perseguidos, conduciendo a una postura infantil donde el adulto asumía los privilegios del niño de demandarlo todo sin arriesgar nada.

Este ethos o modo de existencia presupondría como destino individual la búsqueda ilimitada de la felicidad y el supuesto derecho a una vida "perfecta", sin saber por otro lado cómo afrontar la adversidad tras la debacle del referente religioso; la paradoja del bienestar y el éxito material que conducen por un lado al malestar existencial y a una mayor centralidad de los afectos y las relaciones personales; la ya citada consideración del Yo como la nueva "vaca sagrada" donde "la autoestima es sacrosanta"; el éxito de la cultura terapéutica y su mercado, con la consiguiente psicologización y patologización de la existencia, así como una sociedad en exceso litigante que busca en el sistema judicial una venganza y retribución de las que todas las víctimas, de lo que sea, se creen merecedoras.

A mi entender, la omnipresencia mediática y social del niño víctima, así como su progresiva introducción en los espacios educativos, es la última expresión de la transformación pedagógica a la que asistimos desde hace dos siglos en su versión romántica. En ésta quizá el riesgo fundamental, que la retórica del niño vulnerable no hace sino reforzar como su expresión más conmovedora, es □ Nada de lo que hago es culpa mía. ¡Mi familia es disfuncional y mis padres no me refuerzan! ¡Con lo cual no estoy auto-actualizado! ¡Mi comportamiento responde a un funcionamiento adictivo en un proceso enfermizo de co-dependencia tóxica! ¡Necesito ayuda holística y bienestar antes de aceptar ninguna responsabilidad por mis acciones!

□ Uno de nosotros necesita meter su cabeza en un cubo de agua fría.

□ Adoro la cultura del victimismo.

que en nuestra obsesión por la infancia estemos desentendiéndonos del mundo de los adultos. Ofuscados por transformar el mundo a través de los nuevos, como diría Hanna Arendt, nos olvidamos de lo que los viejos tenemos por conservar y transmitir. Cegándonos con la teoría de que nuestros males provienen de infancias infelices nos centramos en la psicología de los niños y nos olvidamos de la política de los adultos.

El niño se convierte así en el salvador de un mundo poblado únicamente por buenos y malos, inocentes y culpables, oprimidos y opresores. Nos hallamos ante la última expresión de la idea romántica del niño en la pedagogía contemporánea □ Rousseau, Montessori, Key □ y de las esperanzas en la



educación de los niños para la transformación del mundo:

"[Desde este paradigma]... todos los males, los odios, injusticias y guerras provienen en primer lugar de esta violencia hacia el niño. El niño es el Mesías, portador de toda la esperanza humana, el desconocido y humillado, el único que, no obstante, puede redimir al adulto haciéndole comprender que en la vida hay algo más que la lucha por la vida, haciéndole descubrir el amor." Reboul, O. (1972) *¿Transformar la sociedad? ¿Transformar la educación?* Madrid: Narcea. Pp. 130-131)

Es llamativo en este sentido que una de las ideas contra las que más se revelan mis alumnos de

magisterio, a veces ferozmente, es la de que el objetivo de la educación pueda ser que el niño deje de ser niño. No es de extrañar. Si el niño es el ejemplo a seguir y el adulto el depositario de todos los males, ¿qué sentido tiene educar sino el de salvar a la infancia perpetuando al niño en ella?

1. Profesor Ayudante. Dpto. Ciencias de la Educación. Universidad de Zaragoza. Facultad de Ciencias Humanas y de la Educación. Huesca. E-mail: agustin.malon@unizar.es

2. Cuya traducción vendría a decir algo así como: "Alrededor del niño se postran las tres Dulces Gracias: Fe, Esperanza y Caridad. En torno al hombre se inclinan otros rostros: Vanidad, Envidia y Malicia son sus Virtudes"



□ Nada de lo que hago es culpa mía. ¡Mi familia es disfuncional y mis padres no me refuerzan! ¡Con lo cual no estoy auto-actualizado! ¡Mi comportamiento responde a un funcionamiento adictivo en un proceso enfermizo de co-dependencia tóxica! ¡Necesito ayuda holística y bienestar antes de aceptar ninguna responsabilidad por mis acciones!

□ Uno de nosotros necesita meter su cabeza en un cubo de agua fría.

□ Adoro la cultura del victimismo.